



mi voz

Afinando la brújula

Por Marcelo Merlo
(director@ceiboyoungleaders.com)

Hace aproximadamente un mes en una de las actividades del programa de liderazgo que dirijo, una de las participantes observaba intrigada su brújula. ¿Marce, crees que realmente llegue a otro lado si me dirijo a los 183 grados en vez de a los 185 grados? Le dije que probara su hipótesis y que me contara los resultados.

En la tarde, se me acercó y me dio una conclusión más cercana a una clase de filosofía que a un taller de navegación.

Me contó que a los pocos metros no había ninguna distancia significativa entre los dos puntos, pero que a medida que ella y su compañero continuaban caminando con esa pequeñísima diferencia en dirección, la distancia entre los dos se iba ampliando más y más, hasta que en un punto cada uno se encontraba en un sendero completamente distinto.

Por sí misma, y a su corta edad, ella había descubierto que la vida es una suma de pequeños pasos, constantes acontecimientos y múltiples decisiones que nos llevan hacia una u otra dirección. La milimétrica diferencia al inicio

se convierte, con los años, en una brecha abismal.

Los niños se encuentran en ese punto inicial del compás, en el borde de esa delgada manecilla que determina la dirección hacia donde dirigen su vida. A medida que pasan los años nos vamos alejando poco a poco de ese origen.

Rectificar una dirección requiere de giros cada vez más bruscos. ¿A dónde nos lleva todo esto? A que la educación debe ser ese punto neutral, ese centro gravitacional, esa fuerza invisible que está por encima de gobiernos de turno, religiones, ideologías, tecnologías y cualquier doctrina o decisión que restrinja la libertad de pensamiento, de elección y de experiencia. Los padres de familia constantemente se preguntan sobre el efecto que tendrá este año

Si el futuro es el resultado de milimétricos movimientos al inicio de nuestras vidas, el mantener a los niños encerrados tanto tiempo tendrá como resultado generaciones enteras desplazándose hacia una dirección incomprensible hasta por ellos mismos.

y más de encierro en el futuro de sus hijos. Es difícil saber a ciencia cierta los efectos específicos del no ir a clases presenciales, de no compartir con sus compañeros y compañeras, de no equivocarse y aprender de sus errores fuera de la burbuja familiar.

Lo que sí está muy claro es que, si el futuro es el resultado de milimétricos movimientos al inicio de nuestras vidas, el mantener a los niños encerrados tanto tiempo tendrá como resultado generaciones enteras desplazándose hacia una dirección incomprensible hasta por ellos mismos.

Miraremos sorprendidos a millones de jóvenes caminando como zombis por el mundo, llenos de información y con una acentuada atrofia social. Dentro de todo, lo bueno es que por más brusco y duro que pueda ser, sí es posible rectificarnos.

Encerar la brújula y volver a espacios de aprendizaje donde los niños se puedan quitar los anteojos de una realidad virtual, ajustar esos grados de dirección y despertar nuevamente la pasión de vivir aprendiendo y de aprender viviendo.